El viejo que halló un condón usado debajo de la última roca en el desierto

De cómo don Valdés se enroló en esta odisea

El señor Alfonso Valdés Rosado era un tipo igual que tú. Godínez aburrido cuya vida era siempre la misma odiosa rutina. Tenía una bella esposa que siempre estaba chinga y chinga que si los niños se portaban mal en la escuela y el director otra vez quería comentar con ellos su déficit de atención a ver si ahora sí les recetaban unas buenas dosis de apendejantes, una suegra que cocinaba tan mal que los tacos de canastas eran ya manjar entre manjares, un jefe prepotente que busca hacer sentir mal a los que son mejores que él y que todavía vive con su mamá y tres mil pesos al mes que no le alcanzaban ni para irse a las tortas ahogadas de vez en cuando.

Casi a diario el señor Valdés entraba a su casa y sacaba una chela del refri. Miraba ESPN mientras que esperaba que Morfeo lo convocara a su cita de las tres de la tarde. En ese período que vacila entre lo onírico y lo real, miraba a los jugadores pasándose los balones unos a otros. Hermosos efebos que gozaban aún del privilegio más grande de los dioses: la juventud. –Pero se les va a acabar, hijos de la chingada –roncaba– y ahí van a saber lo que es tener que esforzarse para vivir más o menos. Aunque ya todos sabemos que la verdad ninguno iba a padecer hambre nunca porque aunque sea algún comercial de desodorante les caería. Cuando despertaba para volver a la oficina, le daba un beso a su vieja, alborotaba el pelo a los chamacos, se despedía de Juani y se iba a trabajar. Solía conducía plácidamente mientras pensaba en Laura, la morena nueva que había llegado a la oficina y fumaba un Delicado.

–Ah, cómo me gustaría cogerme a esa pinche muchacha –pensó. Sus ojos se inundaron de nostalgia y recordó aquellos ayeres en los que solía tener todo lo que necesitaría en la vida, el tiempo en el que una cerveza, un balón y la banda eran suficientes para hacerte el día. Pensó en lo complicado de la vida, cada vez estamos más muertos que cuando nacimos. Cuando regresó a la realidad, vio a un anciano cruzando a unos cincuenta metros de él, frenó estrepitosamente. –Fíjese, pinche pendejo.

Como podemos ver claramente, la vida del señor Valdés no era nada diferente a la tuya. Monótona, tediosa y aburrida. Ah, pero cómo somos las personas… Si nuestra existencia es muy tranquila porque es muy tranquila y si es demasiado incierta porque es demasiado incierta. Su mamá tenía razón, casarse con una igual de jodida que él no iba a darle mucho placer. Si se casaba con una de varo al menos iba a tener algo por lo que estaría atado a ella y no nomás por la pendejada esa que dicen que es amor. “Podría ir a los partidos en vivo, o en helicóptero”. Pero el hombre nunca quiso hacer caso y ahora, veinte años después de haberse comprometido, se lamenta cada día.

Aun así, como buen soñador, el señor Valdés trabajaba duro porque algún día se le cumplieran sus sueños. Respetaba con recelo el hábito de ir a visitar a don Martín a su localito para comprarse un billete, el del premio mayor.

–Éste es el bueno don Marte, ora’ sí nos vamos a vivir a Miami.

– Ora’ sí jefe, ora’ sí… –el viejo miraba con compasión y ternura al infeliz trajeado que estaba siempre puntual detrás de los carteles de los resultados del último sorteo. No es que estuviera muy muy jodido, sólo que no podía resistir la tentación de, algún día, llegar a ser millonario.

Venancio Valdés llegó al trabajo. Subió con fatiga las escaleras, su cara lucía grasienta y maloliente, como un automóvil de alto kilometraje usado sin darle ni un poquito de mantenimiento. Entró a su oficina y miró la bella metrópolis que se asomaba delante de sí. Miró sus papeles y, tras dar un suspiro de auxilio, se aventuró a la excitante tarea de revisar nóminas y estados financieros. Sin embargo, no era feliz. Parece paradójico que un hombre exitoso, con una bella esposa y un excelente trabajo se sintiera absurdamente infeliz, pero el verdadero sueño de don Valdés fue siempre ser un renombrado pintor; un Picasso que reivindicara el sentido del arte en nuestro país, un muralista que expusiera lo más mágico de nuestro país. Y Venancio sabía lo que hacía. En su tiempo libre coleccionaba fabulosas chingaderas que recogía de cada exposición de arte a la que iba, hasta las de los concursos de grafiti. Cuando todos iban a dormir, él huía a su estudio y se refugiaba en sus lienzos, los únicos que lo entendían. Noches enteras dedicadas a la única pasión que le permitía alejarse del mundo. Margarita, una de las principales opositoras a su proyecto y su esposa, siempre vociferaba sobre aquellos pedazos de tela llenos de manchas que, a los ojos de cualquier inexperto, parecerían no más que algunas manchitas de colores. En pocas palabras, el señor Valdés era un artista de clóset.

Pero todo cambió con su cumpleaños cuarenta. Hasta los menos sabios saben que a partir de la cuarta década ni siquiera los pantalones de vestir *skinny* sirven, uno se convierte en un viejo y ya. No mucha gente lo acepta pero la mayoría se resigna; se hacen conscientes de que lo que les queda es hablar de pensiones *para tener una vejez decente*  y del fideicomiso para que sus chilpayates tengan las oportunidades que uno tuvo. Existen, por supuesto, algunos disidentes que compran ipods y le piden a sus hijos cuáles son las *rolas* del momento, pero también de ellos se encarga el sistema. De los hombres se encargan los amantes de sus esposas, y de las mujeres se encargó ya hace mucho tiempo Arjona.

S*eñora, no le quite años a su vida, póngale vida a los años.*

No todo es tan malo porque para este momento los vejetes han construido redes tan poderosas que pueden inventar teorías que digan que los cuarentas no son cuarentas, sino unos segundos veintes. Ya se escucha alguno que otro atrevido que osa sentenciar *“tú tienes la juventud pero yo la experiencia”* para imaginar que sus arrugas les brindan alguna especie de autoridad moral sobre los que pueden aguantar una resaca en el trabajo como si no hubiese pasado nada.

En fin, el día de la verdad llegó. Venancio salió de su trabajo pensando en mil cosas. Ya habían pasado dos años y la probabilidad de tener sexo con Laura disminuía exponencialmente cada día. Pensó diferente. Supo que era el momento de cambiar de rumbo, darle un nuevo giro a su existencia y reivindicar a todos los ancianos del mundo que aún tenían ganas de vivir.

Mientras manejaba de vuelta a su casa miró a través de la ventana, a lo lejos, a una bella mujer haciendo señas a un par de ancianos hacia un local comercial. Volvió a suspirar, echó de menos a Sara, a Pamela, a Mónica, a Sandra y a todas las afortunadas con las que compartió el lecho –y a veces el coche– en sus épocas de universitario, hace ya más de una década.

– ¡No! – Pisó el freno a fondo– me rehúso a que los estereotipos sociales se lleven lo poco que me queda de bueno en la vida. Un montón de automóviles, como si de una sola consciencia se tratase, le mentaron la madre al unísono. El hombre se sintió realizado, estaba volviendo a vivir, la juventud estaba volviendo a él.

Una camioneta negra pasó junto a él, un guarro se le quedó mirando y Valdés recibió con gusto la mirada, “*el don”* era un verdadero desmadre. Se orilló y estacionó en el primer lugar que encontró de la plaza donde avistó a esa despampanante joven. –Tal vez el camino de la reivindicación generacional es establecer relaciones muy íntimas con las jóvenes, tal vez si me cojo a esta bella musa recuperaré el resplandor de mi juventud, o ella envejezca, o ambos unamos nuestras almas en una síntesis alquímica que rompa los conceptos de viejo y joven para mirar al mundo como uno solo. Todos somos jóvenes, todos somos viejos…– pensó.

Entró con decisión al Sanborns. La vio. La mismísima Venus hubiera muerto al lado de semejante fémina. Labios carnosos y sensuales, grandes ojos grises que resaltaban por el delineador punto fino y la enchinada alarga pestañas, unas caderas que despertaban el deseo inconsciente de procrear. Ésa era una verdadera mujer, era su mujer.

Diez metros los separaban de la todavía desconocida. Ella volteó y lo enganchó con la profundidad de su mirada color sensualidad. Él hizo una mueca que pretendía ser sonrisa. La escena se desarrolló en cámara lenta; ella se sonrojó un poco e hizo una pequeña curva con sus labios, él dio un paso, se veía haciéndola suyo, uniendo sus cuerpos en una danza sincrética de amor y deseo, gimiendo como locos mientras vociferaban alguna que otra leperada. Dio un segundo paso, las tetas de Margarita reemplazaron la imagen de deseo del Godínez. Un par de pechos caídos y abatidos por dos períodos de lactancia rompieron, en menos de un milisegundo, el encanto que había logrado soñar. Pero no se desanimó. En éstos, los doce pasos más largos de su vida, se encontraba la última esperanza de la trascendencia; el camino del guerrero que lograría escapar de su desgastado cuerpo para transitar por el mundo como un alma inmortal, poderosa, infinita.

Lo secuestraron unos cabrones y escapó hacia el desierto, donde estuvo cuatro días y cuatro noches. Al final, don Valdés se divorcia de su esposa, se casa con el diseñador Raúl Martínez y fue feliz hasta que un día Raúl se desnucó al resbalar mientras leía en la tina la nueva portada de la revista Caras. Venancio, Ve, como le gustaba hacerse llamar, contrajo todas las deudas del señor Martínez e hipotecó la casa para comprarse una identidad falsa y escapar a otro país. Nunca logró vender un solo cuadro.

[1] Primero la idea y luego el castigo.

[2] Nota en enero de 2016: jaja salu2.